



Miguel Servet

Michael Servetus

■ William Osler (†)

■ El año 1553 contempló una Europa plagada de tragedias, lo que para el más devoto estudioso de la Biblia tuvo que haber representado el momento de abrir el segundo sello al que se refiere el Libro de la Revelación¹, a la sazón que la paz estuviera ausente de la tierra y los hombres fuesen a matarse unos a otros. Una de esas tragedias reviste un interés luctuoso este año², fecha del cuatrocientos aniversario del nacimiento de su figura principal, si bien no se trata más que de uno de los miles de casos similares de los que está plagada la historia del siglo XVI. El 27 de octubre, poco después de las doce, comenzó una procesión desde el ayuntamiento de Ginebra: los corregidores de la ciudad, el clero con sus vestidos de ceremonia, el *lieutenant criminel* y otros oficiales a caballo, una guardia de arqueros montados, y los ciudadanos, con una abigarrada multitud de seguidores; en medio de todos ellos, maniatado, sucio y andrajoso, caminaba un hombre de mediana edad, cuyo aspecto de intelectual reflejaba en su rostro los vestigios de un prolongado sufrimiento. Al atravesar la *rue St. Antoine* pasando por la puerta del mismo nombre, el cortejo tomó la dirección del Gólgota de esa ciu-

Este escrito ha cumplido varias funciones: como conferencia de divulgación en el *Johns Hopkins Medical School Historical Club* y en la *Summer School*, Oxford. Luego se publicaría en: Oxford University Press, 1909, con 10 ilustraciones (a donde se han pedido los oportunos permisos para su reproducción), y también en: *Johns Hopkins Hospital Bulletin*, 1910, XXI, 1-11. La traducción y las notas son de José Luis Puerta y Assumpta Mauri.

Las notas que no están señaladas como “Nota de los Traductores (N. de los T.)” pertenecen al autor del artículo, William Osler (1849-1919).

¹ *Nota de los Traductores (N. de los T.)*. El Libro del Apocalipsis o Apocalipsis de San Juan (“revelación a Juan”) es el último libro del Nuevo Testamento, y es conocido entre los protestantes como el Libro de la Revelación. En Apocalipsis 6,4 puede leerse: “Y vi aparecer otro caballo, rojo como el fuego. Su jinete recibió el poder de desterrar la paz de la tierra, para que los hombres se mataran entre sí; y se le dio una gran espada”.

² *N. de los T.* Osler da por bueno el año 1509, en vez de 1511, como fecha del nacimiento de Servet (véase nota 4).

dad. Tras atravesar las puertas de la misma, una extraordinaria panorámica irrumpió ante su vista: a distancia podían observarse las aguas azules y las idílicas orillas del lago de Ginebra, hacia el oeste y el norte el inmenso circo de los montes del Jura, con sus montañas cubiertas de nieve, y hacia el sur y el oeste el encantador valle del Ródano, aunque se puede suponer que pocas miradas se apartaran de la figura central de aquella lastimosa procesión. A su lado, rogando fervientemente, caminaba el anciano pastor Guillaume Farel [1489-1565], quien había dedicado su larga y provechosa vida al servicio de sus conciudadanos. Al subir la colina se llegaba al campo de *Champel* donde, en un suave promontorio, se encontraba la fatídica estaca, con cadenas que pendían y haces de leña amontonados. Al ver esto, la pobre víctima cayó de bruces en el suelo, al tiempo que oraba. En respuesta a la exhortación del clérigo para que realizase una confesión de fe, gritó: “¡Misericordia, misericordia! ¡Jesús, Hijo del Dios eterno, ten compasión de mí! Se dice que, al estar sujeto a la estaca mediante la cadena de hierro, con una guirnalda de paja y ramitas verdes de leña recubiertas de azufre sobre su cabeza, con su faz alargada y morena, remedaba al Cristo en cuyo nombre había sido atado. Alrededor de su cintura se sujetó un gran fajo de hojas manuscritas y un grueso libro impreso en octavo. Se prendió fuego a la leña con una antorcha, las llamas alcanzaron la guirnalda y centellearon en sus ojos, y un grito desgarrador aterrorizó a los espectadores. La leña estaba verde y ardía con lentitud, y los gritos de su agonía tardaron mucho en oírse de nuevo: “¡Jesús, Hijo del Dios eterno, ten misericordia de mí!” Entonces, Michael Servetus Villanovanus de cuarenta y cuatro años, médico, fisiólogo y heresiarca expiró. No hubiese sido extraño que, si hubiera gritado: “¡Jesús, Hijo eterno de Dios!, aun en el último momento, se le hubiera liberado de las cadenas, retirado la guirnalda y esparcidos los haces de leña, pero siguió siendo fiel hasta a muerte a lo que creía que era la “Verdad” revelada en la Biblia.

La historia de su vida es el objeto de mi conferencia.

Miguel Servet, también conocido como Michel Villeneuve o Michael Servetus Villanovanus, alias Revés³, tal y como él mismo escribe en uno de sus libros, era un español nacido en Villanueva de Sigena, en la actual provincia de Huesca. Cuando estaba siendo juzgado en Viena del Delfinado (Vienne, en francés) afirmó que había nacido en Tudela, Navarra, y en Ginebra dijo ser oriundo de Villanueva de Aragón; en una ocasión

³ N. de los T. Según M. Menéndez Pelayo, “Revés” es el segundo apellido de la familia de Servet; los Revés estaban afincados en la ciudad oscense de Villanueva de Sigena, también conocida como Sijena o Sixena (Menéndez Pelayo M. Historia de los heterodoxos españoles. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992, Tomo 1, p. 1222). Por otro lado, el biógrafo de Servet José Barón afirma que existe constancia gráfica de que el padre de nuestro médico y humanista firmaba como “Anthon Serveto, alias Revés” (Barón Fernández J. Miguel Servet. Su vida y su obra. Prólogo de Pedro Laín Entralgo. Madrid: Espasa-Calpe, S.A., 1970, p. 20).





Figura 1. Guillaume Farel (1489-1565)

dijo que su fecha de nacimiento era 1509 y en otra 1511. Generalmente se cree que la primera afirmación es la más correcta⁴. Puesto que en Villanueva de Sigüenza hay documentos relativos a su familia, y que el altar familiar construido por su padre todavía existe, podemos al menos considerar que su lugar de nacimiento está establecido. El retablo del altar es un trabajo finamente elaborado, con diez pinturas. Servet parece haber pertenecido a una buena familia acomodada y al ser procesado afirmó que procedía de una antigua familia noble.

Al salir de la escuela del convento probablemente acudió a la vecina Universidad de Zaragoza. Es posible que estudiase para ordenarse sacerdote; sea como fuere, hay evidencias de que era un joven precoz y muy instruido en latín, griego y hebreo, siendo estos dos últimos logros muy infrecuentes en esa época.

Lo siguiente que sabemos de él es que estuvo en Toulouse estudiando derecho canónico y civil. Apenas tendría veinte años cuando entró al servicio del padre Juan de Quintana, el confesor del emperador Carlos V, al parecer como su secretario particular. Llegó a Italia con el séquito del Emperador, y estuvo presente cuando el Papa y éste entraron en Bolonia⁵, y “contempló al príncipe más poderoso de la época a la cabeza de 20.000 guerreros arrodillarse y besar los pies del Papa”. Fue ahí donde tuvo por primera vez la impresión de lo mundano y lo mercenario que era el papado, y parece que el odio que sintió al respecto se convertiría algo más tarde en una obsesión.

En el verano de 1530, el Emperador asistió a la Dieta de Ausburgo, donde los príncipes lograron el reconocimiento oficial del protestantismo. Esta reunión debió tener una profunda influencia sobre el joven estudiante que —según suponemos— estaba ya bajo la influencia de las nuevas doctrinas; es posible que en Zaragoza o en Toulouse se hubiera familiarizado con los escritos de Lutero. Resulta difícil de creer

⁴ Alex Gordon en la *Encyclopaedia Britannica*, en 1911, refiere la opinión contraria — W. W. F. [N. de los T. Hoy día se tiene como fecha más probable del nacimiento de Servet 1511, y también se admite de forma generalizada que fue Aragón su lugar de nacimiento y no Navarra.]

⁵ N. de los T. Envuelto en un esplendoroso ceremonial lleno de pompas y boato, el Emperador Carlos V fue coronado rey de Lombardía por un Médicis, el Papa Clemente VII, el 24 de febrero de 1530 en la ciudad de Bolonia.

que una opinión como la que sigue, escrita antes de que cumpliera veintiún años, se gestase en tan solo unos meses:

“Por mi parte, no estoy de acuerdo ni en desacuerdo con el católico o con el reformador en cada punto concreto. Diría que ambos detentan algo de verdad y algo de error en sus opiniones y, mientras que cada uno de ellos ve los fallos del otro, ninguno ve los suyos propios. Dios, en su bondad, nos dé a cada uno de nosotros la posibilidad de comprender nuestros errores y la inclinación de dejarlos a un lado. Verdaderamente, sería muy fácil juzgarlo todo desapasionadamente si las iglesias permitiesen la expresión de nuestros pensamientos sin importunarnos” (Willis⁶).

No se sabe hasta qué punto mantuvo una relación personal con los reformadores alemanes. Es bastante posible que tal relación existiese. Tollin⁷, su biógrafo oficial, afirma que visitó a Lutero. Tampoco sabemos durante cuánto tiempo estuvo al servicio de Quintana; Tollin piensa que un año y medio. No resulta improbable que el buen fraile se alegrase de deshacerse de un joven secretario corrompido por una herejía tan llamativa como la contenida en su primer libro, publicado en 1531. En realidad, se afirma que un monje del séquito de Quintana encontró el libro en una tienda de Ratisbona y se apresuró a comunicarle al confesor su terrible contenido. Servet estaba inmerso en estudios de carácter extremadamente peligroso, e incluso los había reunido en un pequeño volumen impreso en octavo, titulado: *De Trinitatis Erroribus, Libri Septem (Siete libros de los errores acerca de la Trinidad)*⁸, el cual apareció sin el nombre del impresor, aunque en la portada figuraba como autor: *Per Michaellem Serveto, alias Reves, Ab Aragonia Hispanum* (Por Miguel Servet, alias Revés, español de Aragón), con fecha MDXXXI. En la inocencia de su corazón, Servet creyó que el trabajo constituiría una buena presentación para los reformadores suizos de talante

⁶ N. de los T. El texto está tomado de la obra del médico Robert Willis (1799-1878): *Servetus and Calvin; a Study of an Important Epoch in the Early History of the Reformation* (London: Henry S. King & Co., 1877).

⁷ N. de los T. Henri Tollin (1833-1902), pastor de Magdeburgo, escribió varios trabajos sobre Servet; quizá sea el biógrafo que más esfuerzo y dedicación ha prestado a este genio y mártir de la libertad de pensamiento.

⁸ N. de los T. Es muy probable que Servet comenzase a escribir esta primera obra suya en Basilea, pero el libro fue finalmente publicado en la Villa de Hagenau, situada a unos 35 km al norte de Estrasburgo (Alsacia), por el impresor Johan Setzer en 1531, y reimpresso en Ratisbona en 1721. La obra está recogida (gracias a la traducción hecha por Ana Gómez Rabal del latín al español) en: Alcalá A. (ed.). Miguel Servet. Obras completas. II (Primeros escritos teológicos). Zaragoza: Ed. Prensas universitarias de Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, Instituto de Estudios Altoaragoneses y Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón (Colección Larrumbe. Clásicos Aragoneses), 2004 (véase: www.miguelservet.org).

más liberal, pero éstos no eran liberales en absoluto y se sintieron indeciblemente sorprendidos por sus supuestas blasfemias. Tampoco le fue mejor en Estrasburgo; incluso el bondadoso [Martín] Bucero⁹ dijo que el autor de un trabajo como ése debía ser destripado y descuartizado.

En espinosas cuestiones teológicas un lego busca naturalmente refugio; con mucho gusto cito la reciente opinión de un distinguido estudioso de este período, el profesor [Ephraim] Emerton¹⁰, acerca de esta etapa juvenil de la vida de Servet.

“No hubiera admitido que el Hijo eterno de Dios fuese a aparecerse al hombre, sino únicamente que iba a llegar un hombre que sería el Hijo de Dios. Esta es la primera indicación que tenemos de las especulaciones que estaban ocupando la mente del joven alumno. Resulta muy significativo que desde el inicio estuviera impresionado con lo que actualmente debemos denominar el punto de vista histórico de la Teología. Mientras leía el Antiguo Testamento, le parecía que aquellos que lo habían escrito se referían a cosas que sus oyentes entenderían. Su visión del futuro estaba limitada a la fortuna de la gente en ese momento. Imaginar que los individuos estaban en posesión de los misterios divinos y tenían en cuenta a la persona de Jesús como objeto último de toda su visión profética, significaba trasladar el conocimiento de la historia a un pasado en el que dicho conocimiento era imposible. Hasta donde me resulta factible comprenderle, ésta es la clave de todo el pensamiento posterior de Servet. Su forma de expresión es confusa e intrincada en grado sumo, hasta tal punto que ni en su propia época ni desde entonces alguien ha osado decir que lo había comprendido. Para sus contemporáneos era un fanático medio loco y para aquellos que le han estudiado, aún cuando estuvieran favorablemente dispuestos, su pensamiento sigue siendo un enigma en gran medida. Sin embargo, un punto está bastante claro: el de que había captado como nadie lo había hecho hasta entonces la idea central de que, cualquiera que fuera el plan divino, éste se nos desvelaría mediante el prolongado y calmo movimiento de la historia, es

⁹ *N. de los T.* Martín Bucero (1491-1551) fue un dominico que estudió en Heidelberg y se convirtió al protestantismo después de oír a Lutero, abrazando también los puntos de vista de Zuinglio. Era considerado como un espíritu indulgente, quizá algo oportunista, y se hizo acreedor del título de “teólogo-diplomático”. Sin embargo, en el tiempo que coincidió con Servet en Estrasburgo (una de las ciudades de la Reforma más abiertas de entonces), mantuvieron distintas polémicas sobre la Trinidad y otros asuntos teológicos, lo que hizo que Bucero declarase desde su cátedra que: Servet “merecía que le arrancasen las entrañas y se le descuartizase”. Júzguese, a partir de los comentarios de este reformador tolerante y diplomático, cuál debió ser la reacción de los reformadores no considerados especialmente tolerantes cuando escuchaban las ideas del oscense (Barón Fernández J. *Op. c.*, pp. 43-45).

¹⁰ *Harvard Theological Review*, abril de 1909 [*N. de los T.* La referencia completa es: Emerton E. Calvin and Servetus. *The Harvard Theological Review*, 1909;2(2):139-160.]

decir que, para comprender el testimonio del pasado, era preciso leerlo, en la medida de lo posible, con la mente de aquellos a quienes estaba dirigido en forma inmediata y, por ende, no debía tergiversarse otorgándole los significados que generaciones posteriores pudieran imaginar.

El hecho de haber aprehendido una idea como ésta —una idea que sólo ha podido forjarse a través de nuestra memoria— fue un logro que en todo caso señala su veintena como la de un individuo extraordinario, un elemento perturbador en su mundo, un hombre que con toda probabilidad no iba a permitir que las autoridades estuvieran tranquilamente en posesión de toda verdad existente”.

Al año siguiente, 1532, aparecieron dos diálogos, el explicativo y el conciliador, en un pequeño libro¹¹ que no hizo más que agravar la afrenta y, al ver que los ánimos de los protestantes estaban demasiado caldeados, Servet fue a París. Dejando a un lado el nombre por el que se le había conocido y cerrando este breve pero tempestuoso período, durante los veintiún años siguientes seguimos la pista a Michel Villeneuve o Michael Villanovanus a lo largo de una profusa carrera como estudiante, profesor, médico, autor y editor, que todavía albergaba la indomable esperanza de que el mundo se reformaría si él pudiese restablecer la primitiva doctrina de la Iglesia.

II

Muy poco es lo que sabemos de su primera estancia en París. Es posible que lograra emplearse como profesor o como lector de imprenta. Durante ese período, su camino se cruzó con el de Calvino, que entonces era un joven estudiante. Siendo más o menos de la misma edad, ambos estudiantes entusiastas y estando los dos en el elevado camino de la emancipación de la fe que les vio nacer, tienen que haber sostenido muchas discusiones acerca de cuestiones teológicas. A partir de la frase de reproche que le dirigió Calvino muchos años más tarde: “Vous avez fuy la lutte” (“Habéis evitado el enfrentamiento”) puede deducirse que se habían hecho planes para un debate público¹².

Tras una corta estancia en Aviñón y en Orleans, encontramos a Servet en Lyon, empleado por los hermanos [Melchor y Gaspar] Trechsel, famosos impresores. Era la

¹¹ *N. de los T.* El autor se refiere a: *Dialogorum de Trinitate Libri Duo (Diálogos sobre la Trinidad, en dos libros)*, firmado por Servet con su verdadero nombre: “Michaelem Servet, alias Reves, ab Aragonia Hispanum”.

¹² *N. de los T.* Parece ser que Servet y Calvino convinieron en verse en París (*rue St. Antoine*) hacia 1534 para discutir sus puntos de vista teológicos, pero por algún motivo desconocido aquel faltó a la cita.

época en que se publicaban cuidadas ediciones de los clásicos y de otros libros que precisaban de la ayuda de hombres instruidos para editarlas y corregirlas. En 1535, Servet publicó un espléndido infolio de la Geografía de Ptolomeo¹³ con comentarios acerca de los distintos países, lo que mostraba un amplio abanico de conocimientos en un hombre tan joven. La obra también se caracteriza por los muchos ejemplos que brinda de crítica independiente, como ocurre cuando, al hablar de Palestina, afirma que la “Tierra prometida” era cualquier cosa menos una “Tierra prometida” y que, en lugar de nadar en leche y miel, y de tener campos de maíz, olivos y viñedos, era una tierra poco hospitalaria y árida, y que las historias acerca de su fertilidad no eran más que especulaciones y falsedades. Parece que fue apercebido por ello porque en la segunda edición de 1541, dicha sección no existe. Los hermanos Trechsel le pagaron 500 coronas por este trabajo.

Es posible que Servet y [François] Rabelais¹⁴ coincidieran en Lyon porque en ese tiempo éste, el “gran disimulador”, trabajaba como médico en el Hôtel-Dieu, pero no hay nada en sus escritos que indique que sus caminos se hayan cruzado. El hombre que detentó mayor influencia sobre él en esa ciudad fue Sinforiano Champier¹⁵, uno de los médicos humanistas más interesantes y distinguidos que dio la primera mitad del siglo XVI. Servet le ayudó a elaborar la farmacopea francesa¹⁶ y el pastor Tollin da por cierto que Champier incluso construyó una casa para el pobre estudiante. Ferviente partidario de Galeno, historiador y fundador del hospital y de la escuela de medicina, Champier sentía la habitual predilección de los estudiosos de la época por la astrología. Es probable que Servet recibiera de él su formación sobre este tema. En todo caso, cuando el distinguido profesor de medicina de Tubinga, Fuchs¹⁷, atacó a Champier por sus extravagancias astrológicas, Servet empuñó su pluma y salió en su defensa con un panfleto titulado: *In Leonhardum Fuchsium Apologia. Defensio pro*

¹³ N. de los T. En la publicación de esta obra, Servet trueca (para despistar al Santo Oficio) su nombre por el de: “Michaële Villanovano” (Miguel Vilanovano).

¹⁴ N. de los T. François Rabelais (1494-1553) fue médico, humanista (de corte erasmista) y literato francés conocido sobre todo por los hechos y gestas de dos gigantes salidos de su pluma: Pantagruel y Gargantúa. En 1532 se instaló en Lyon, siendo nombrado ese año médico del Hôtel-Dieu de Notre-Dame de la Pitié du Pont-du-Rhône (institución milenaria que ha perdurado hasta nuestros días), allí ejercería hasta 1535.

¹⁵ N. de los T. Sinforiano (Symphorien) Champier (1472-1539), ilustre médico, humanista, botánico, astrólogo, astrónomo y cultivador de otros saberes, que estuvo al servicio del duque de Lorena, de Carlos VII y de Luis XII.

¹⁶ N. de los T. Se refiere a la obra: *Pentapharmacum Gallicum* (1534).

¹⁷ N. de los T. Leonardo Fuchs (1501-1566), botánico, humanista y médico alemán, cuyo nombre se ha immortalizado gracias a la flor que lleva su epónimo (fucsia) y, por extensión, a su peculiar color. Este luterano en su obra *De Historia Stirpium (Historia de las plantas, Basilea, 1542)* impulsó sobremanera la nomenclatura para clasificar las plantas de tal forma que todos los botánicos pudiesen referirse a una planta con el mismo nombre.

Symphoriano Campeggio (*Apología contra Leonardo Fuchs. En defensa de Sinforiano Champier*), una obra extremadamente rara; en verdad, el único escrito de Servet cuyo original no he podido ver.

Indudablemente estimulado por el ejemplo y las enseñanzas de Champier, Servet volvió a París para estudiar medicina. Al encontrarse en una situación bastante desahogada gracias a las ganancias de su trabajo literario, se incorporó primero a la Universidad de Calvi y posteriormente a la de Lombardía, y se dice que logró el grado de Maestro en Artes y el de Doctor en Medicina, aunque me han comunicado que no existen pruebas documentales de ello.

Tenemos pocas evidencias directas de su vida en París. Sabemos que trabó íntima amistad con tres hombres: Johann Günther (Winther) von Andernach, Jacques Dubois [conocido como Jacobo Silvio] y Vesalio. Silvio y von Andernach debieron ser personas semejantes a él, estudiosos dispuestos, ardientes galenistas y aplicados anatomistas. En las *Institutiones Anatomicae* (Basilea, 1539), Johann Günther habla de Servet¹⁸ relacionándolo con Vesalio, quien a la sazón era su compañero de disección: “Y después de él, Michael Vilanovano, distinguido por sus logros literarios de todo tipo y de quien apenas podía decirse que fuera el segundo en cuanto a su conocimiento de la doctrina galénica”. Johann Günther von Andernach afirma que, con la ayuda de ambos, ha estudiado todo el cuerpo, habiendo mostrado a los estudiantes la totalidad de los músculos, venas, arterias y nervios. En esta época se dio en París un entusiasta resurgir del estudio de la anatomía y el hecho de haber estado asociado a un joven genio como Vesalio, que ya era un brillante disector, tiene que haber constituido de por sí una formación valiosa en el tema. Resulta fácil comprender de dónde se deriva el conocimiento anatómico en el que se basaba la extendida generalización con que el nombre de Servet se asocia a la fisiología.

Pero el incidente parisiense que mejor conocemos está conectado con ciertas clases sobre astrología judiciaria¹⁹. Hemos visto que en Lyon Servet había defendido a su

¹⁸ *N. de los T.* Así se expresa von Andernach en sus *Institutiones anatómicas* sobre Servet: “En esto tuve por auxiliares a Andrés Vesalio, joven (¡por vida de Hércules!) muy diligente en la anatomía, y después a Miguel Vilanovano, varón en todo género de letras eminente y a ninguno inferior en la doctrina de Galeno. Con la ayuda de éstos examiné en muchos cuerpos humanos las partes interiores y exteriores, los músculos, venas, arterias y nervios y se los mostré a los estudiosos” (la cita se ha tomado de: Menéndez Pelayo, *Op. c.*, p. 1245).

¹⁹ *N. de los T.* Así como la “astronomía” es la ciencia que trata de conocer las leyes teóricas (matemáticas) que rigen el comportamiento de los cuerpos celestes; la “astrología” (judiciaria o pronóstica o de adivinación) pretende, desde tiempos inmemoriales, mediante un complicado y oscuro sistema de reglas y normas, predecir los destinos de los seres humanos buscando significados al movimiento de los planetas y las estrellas que pueblan el firmamento. Recuérdese que en la medicina antigua se establecía una relación entre las crisis de las enfermedades y los llamados *días críticos* que estaban vinculados con los cambios de la Luna. O dicho con otras palabras, entre el microcosmos y el macrocosmos. Al desenmascaramiento de la charlatanería o la retórica fuera que

amigo y patrón Sinforiano Champier, gracias al cual indudablemente se había familiarizado con dicha disciplina. Pese a estar prohibida por la Iglesia, muchas Universidades estaban todavía a favor de la astrología judiciaria, y en gran medida era practicada por médicos que ocupaban los cargos más distinguidos. En esa época pocos tenían la resolución de desafiar los augurios y, de acuerdo con las creencias populares, todos “servían las influencias celestes”. La enseñanza de este tema era contrario a las regulaciones del claustro de París, aunque por entonces el rey [Francisco I de Francia] tenía empleado a un astrólogo profesional, [Jean] Thibault. Poco después de llegar a París, Servet comenzó un ciclo de conferencias sobre el tema, que muy pronto le condujeron al enfrentamiento con las autoridades.

La admirable práctica de que el decano escribiese un informe cada año nos ha permitido conservar todos los detalles del procedimiento contra Servet. Duboulay²⁰ en su *Historia de la Universidad de París*, vol. VI, ha aclarado todo este asunto a partir del mencionado informe anual del decano. Dice que cierto estudiante de medicina, un español o alguien —tal como él mismo afirma— procedente de Navarra y de padre español, había enseñado astrología judiciaria o adivinación en París durante algunos días en 1537. Tras haber averiguado que esta disciplina estaba condenada por los doctores del claustro, hizo que imprimieran cierta apología en la que atacaba a los doctores y además afirmaba que todas las guerras y las pestes, y todos los asuntos de los hombres dependían de los cielos y de las estrellas, y abusaba de los lectores al confundir la astrología verdadera y la judiciaria. El decano [en aquel entonces Jean Tagault] prosigue afirmando que, acompañado por dos de sus colegas, trató de evitar que el Villanovanus publicase la apología y le encontró cuando éste se estaba marchando de la facultad, donde había estado disecando un cuerpo con un cirujano y, en presencia de varios alumnos y dos o tres doctores, no solo rechazó detener la publicación, sino que amenazó al decano con amargas palabras.

El claustro parece que topó con algún valladar para conseguir que las autoridades hicieran algo en relación al tema. Posiblemente pueda observarse aquí la influencia del astrólogo de la corte, Thibault. Tras muchos intentos y después de apelar al claustro de la Facultad de Teología y a la congregación de la Universidad, el Parlamento se hizo cargo de la cuestión. Los discursos del consejo de profesores, de la Universidad, de

se esconde detrás de estos temas, fray Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764) le dedicó algún discurso en su impar *Teatro crítico universal* (disponible en su totalidad en: www.filosofia.org), véase por ejemplo: *Astrología judiciaria*, y *almanaque* en el T. I (1726), y *Días críticos* en el T. II (1728). De este mismo autor también tiene interés su carta n.º 28 (*Del descubrimiento de la circulación de la sangre, hecho por un albeitar español*) del T. III (1750) de su obra *Cartas eruditas y curiosas*, también disponible en: www.filosofia.org.

²⁰ N. de los T. El autor se refiere a César Egasse du Boulay (¿1610?-1678) y a su obra: *Historia Universitatis Parisiensis, ipsius foundationem, nationes, facultates, magistratu, decreta, etc., cum instrunientis, publicis et authentids a Carolo M. a nostra tempora ordine chronologico completens* (6 volúmenes), París: F. Noel et P. de Bresche, 1665-1673.

Villanovanus y del Parlamento se tienen en su totalidad. El Parlamento decidió que debía retirarse la apología impresa, se prohibió a los libreros que conservasen ejemplares, las conferencias sobre astrología fueron vetadas y se instó al Villanovanus a tratar al claustro con respeto. A los profesores se les pidió que trataran al infractor con delicadeza, paternalmente. Es éste un proceso muy interesante y, obviamente, el decano, quien afirma que consultó con tres teólogos, dos doctores en medicina, el decano de la Facultad de Derecho Canónico y el fiscal general de la Universidad, saboreó su triunfo. El asunto fue tratado en el Parlamento a puerta cerrada.

La *Apologetica disceptatio pro astrologia* [Discurso en pro de la Astrología, 1538], la más rara de las obras de Servet, de la que tan sólo se conoce una copia depositada en la Biblioteca Nacional de Francia, es un folleto de ocho hojas carente de portada, de paginación y del nombre del impresor. Los amigos del claustro de profesores debieron de haber tenido mucho éxito a la hora de confiscar el trabajo. Tollin, que descubrió el original, hizo una reimpresión (Berlín, 1880). A Servet no le resultó difícil citar a autoridades importantes que le asistieran y llamó en su defensa al gran cuarteto: Platón, Aristóteles, Hipócrates y Galeno. Siendo un observador práctico de las estrellas, hizo uso de sus propias observaciones y el folleto registra un eclipse de Marte por la Luna. También debe de haber sido un estudioso del tiempo porque dice que en sus conferencias daba pronósticos públicos que producían gran asombro. La influencia de la Luna en la determinación de los días críticos de las enfermedades, una de las doctrinas favoritas de Galeno, es ampliamente tratada; Servet afirma que las opiniones de Galeno deben escribirse con letras de oro. Se satisface con la alusión a estas grandes autoridades, refiriéndose muy brevemente a uno o dos autores menores, y se mofa de la conocida y amarga acometida contra la adivinación de Pico²¹.

Se tardaron varias generaciones en erradicar completamente de la profesión la creencia en la astrología, que se prolongó hasta bien entrado el siglo XVII. En su obra *Vulgar Errors*, al tratar los “días caniculares o de perro”, Sir Thomas Browne²² expresa su opinión acerca de la astrología con un lenguaje característico:

²¹ N. de los T. Se refiere a la influyente obra *Disputationes adversus astrologiam divinatricem* de Giovanni Pico della Mirándola (1463-1494) en la que, bebiendo en las enseñanzas de Agustín de Hipona, defiende el libre albedrío frente a las ataduras que los astros supuestamente imponen a los hombres.

²² N. de los T. Sir Thomas Browne (1605-1682) fue un médico inglés con marcadas inquietudes en el campo religioso y científico. Entre sus obras destacan: *Religio Medici* (“La religión de un médico”, 1643), libro polémico donde expuso sus puntos de vista sobre la religión y que terminó incluido en el *Index Librorum Prohibitorum*; a esta obra se refería Osler así: “mi compañero desde mis tiempos del colegio, es el libro más preciado de mi biblioteca”. *Pseudodoxia Epidemica or Enquiries into very many received tenets and commonly presumed truths* (conocida también como *Enquiries into common and vulgar errors*, 1646), texto de inspiración baconiana en el que trata de combatir errores y leyendas extendidas en aquella época. E *Hydriotaphia, Urn Burial* (“El enterramiento en urnas”, 1658), una disquisición sobre la muerte a propósito del hallazgo de unas urnas funerarias de la

Por este medio, no rechazamos o condenamos una astrología seria y regulada; sino que mantenemos que hay más verdad en ella que en los astrólogos; en algunos más de lo que muchos admitirían, si bien en ninguno tanta como algunos pretenden. No negamos la influencia de las estrellas, pero con frecuencia nos resulta sospechosa su debida aplicación, por lo que debiéramos afirmar que todas las cosas están en todas las cosas, que el cielo no es más que tierra elevada a lo celeste y que la tierra no es más que el cielo descendido a lo terrestre, o que cada parte que está por encima tiene influencia sobre la parte afín que está por debajo, aunque la forma de resaltar estas relaciones y de aplicar debidamente sus acciones es un trabajo que a veces se efectúa gracias a alguna revelación y por la Cábala venidas de arriba, más que por cualquier filosofía o especulación de aquí abajo.

Entre los estudiantes de Servet se encontraba un joven, Pierre Paulmier, el arzobispo de Viena del Delfinado, quien parece que entabló amistad con él en París, y que algunos años más tarde le pidió que fuera su médico personal. El proceso sobre astrología se instauró en marzo de 1537.

Servet no pudo haber sido estudiante de medicina durante mucho tiempo, pero no habiendo carecido nunca de confianza en sí mismo, apareció ante el mundo como el autor médico de un pequeño tratado sobre los jarabes y su uso [*Syruporum Universa Ratio, Razón universal de los jarabes*]. La asociación con Sinforiano Champier, a quien había ayudado con una edición de su farmacopea francesa, le familiarizó con el tema. Los primeros tres capítulos están llenos de puntos de vista sobre “concocciones” o “digestiones”, en relación a las cuales en esta época se admitía una serie del primero al cuarto²³. Él sostiene que el proceso de la concocción (digestión) es único y, tal y como señala Willis, hace el agudo comentario de que, al fin y al cabo, “las enfermedades son simples perversiones de las funciones naturales y no entidades nuevas introducidas en el organismo”. La mayor parte del tratado apoya las opiniones teóricas de Galeno, Hipócrates y Avicena. La “composición y empleo de los jarabes” se propone al quinto capítulo y al capítulo final (sexto).

Este librito parece haber sido popular y fue reimpresso en dos ocasiones en Venecia en 1545 y 1548, y otras dos en Lyon en 1546 y 1547.

Edad de Bronce descubiertas en Norfolk (el libro tiene una segunda parte titulada: *The Garden of Cyrus*). Existe una traducción al español de Javier Marías (Barcelona: Reino de Redonda, 2002) de la primera y tercera obras mencionadas en esta nota.

²³ *N. de los T.* La *concoctio* galénica comprendía tres digestiones: la primera con la formación de la papilla alimenticia o quimo, la segunda que transformaba el quimo en sangre, y la tercera, la que se realizaba en los órganos o tejidos o asimilación. Los árabes defendían la existencia de una *vis concoctrix*, independiente de la digestión normal, que actuaba durante la enfermedad y a la que los médicos debían ayudar mediante los jarabes. (Véase Barón Fernández J, *Op. c.*, p. 95).

III

Ya fuera porque la decisión desfavorable del Parlamento le encolerizó con París o porque se le ofreciera la oportunidad de establecerse a través de algún amigo, las siguientes noticias que tenemos de Villeneuve vienen de Charlieu, una pequeña ciudad a doce millas de Lyon, donde estuvo un año, parte de los años 1538-39. Allí fue a buscarle su viejo amigo de París, Paulmier, y le persuadió para instalarse en Viena del Delfinado, ofreciéndole aposentos en palacio y empleo como su médico personal. Por fin, tras casi diez años de vida errante, un hogar tranquilo en la selecta ciudad del Imperio Romano, con su alta sociedad, y bajo la protección del primado de toda Francia, Servet pasó los catorce años siguientes ejerciendo como médico.

Son pocos los detalles que se conocen de su vida: siguió estando asociado a los Trechsel, los impresores, quienes habían establecido una sucursal en Viena del Delfinado y en 1541 publicó una nueva edición de Ptolomeo, con una dedicatoria al arzobispo. Desde el prólogo vislumbramos un agradable grupo de compañeros, todos ellos interesados en los nuevos estudios. Algunas cuestiones críticas de la edición de 1535 desaparecen en la de 1541, como las chanzas acerca de Palestina y, al hacer referencia al toque real, en lugar de afirmar: "He visto al rey tocar a muchos con esa enfermedad (es decir, la escrófula) pero no he visto que se curasen", dice: "He oído que muchos se curaron". Tal vez ello le pareciera impropio en un miembro del círculo eclesiástico y, al vivir bajo los auspicios del arzobispo, le resultase indecoroso decir algo ofensivo.

Al año siguiente publicó una edición de la Biblia de Pagnini en folio selecto. Su principal interés para nosotros es el testimonio de que Servet todavía estaba inmerso en los estudios teológicos porque los comentarios en la obra le colocan entre los primeros y más atrevidos de los mayores críticos. Los salmos proféticos y las numerosas profecías de Isaías y de Daniel son interpretados a la luz de los sucesos contemporáneos pero, tal y como Willis señala: "Estas numerosas interpretaciones, hechas con un excesivo grado de libertad y heterodoxia, parecen no haber hecho que Villeneuve fuese contemplado en Viena del Delfinado bajo una luz desfavorable, aunque tampoco favorable".

Para otro editor de Lyon, Frelon, editó varias obras educativas, y gracias a él el médico de Viena del Delfinado pudo establecer correspondencia con el reformador de Ginebra.

Al ser un soñador, un entusiasta, un místico, Servet estaba poseído por la idea de que, si tan solo se pudieran reformar las doctrinas de la Iglesia, podría convertirse el mundo a un cristianismo primitivo, simple. Ya hemos visto su intento de hacer que los reformadores suizos adoptasen lo que él consideraba que eran los puntos de vista correctos acerca de la Trinidad. En ese momento comenzó un intercambio de correspondencia con Calvino sobre este tema y acerca de la cuestión de los sacramentos. El tono y contenido de las cartas, que aún existen, conmocionó y disgustó a Calvino

hasta tal punto que, en una comunicación a Farel, fechada en febrero de 1546 y tras afirmar que Servet se había ofrecido a ir a Ginebra, añade: “No comprometeré mi fe con él, porque si viniese teniendo yo alguna autoridad, nunca le permitiría salir de aquí con vida”.

Durante años, Servet estuvo preparando la obra con la que acariciaba la ilusión de restaurar el cristianismo primitivo. Envío parte del manuscrito a Calvino y, habiendo intentado en vano que fuese publicado, decidió imprimirlo de forma privada en Viena del Delfinado, estableciendo acuerdos con un impresor local, quien instaló una prensa aparte en una pequeña casa y se imprimieron 1.000 copias en algunos meses. La portada de su *Christianismi Restitutio* está fechada en 1553 y en la última página se encuentran las iniciales de su nombre, M. S. V. [Michael Servetus Villanovanus].

Tuvo que haber sabido que la obra probablemente iba a ocasionar un gran revuelo en la Iglesia, pero albergaba la esperanza de que no se llegase a conocer la identidad del autor y que alguien tan poco sospechoso como el médico de Viena del Delfinado, Michel Villeneuve, fuera la del Miguel Servet de la herética de *Trinitatis Erroribus*. Destinada a ser distribuida en Alemania, Suiza e Italia, la obra se empaquetó en fardos de 100 copias para su distribución comercial, siendo probable que Calvino recibiese un par de copias de su mutuo amigo Frelon. La historia que generalmente se cuenta es la de que, por medio de un tal Guillaume de Trye, Calvino denunció a Villeneuve a la inquisición en Viena del Delfinado. Este era el punto de vista del propio Servet y es apoyado por Willis, Tollin y otros, pero los defensores de Calvino siguen negando que existan indicios suficientes de su participación activa en este estadio.

Por esta época se encontraba en Lyon el conocido inquisidor Orry²⁴, quien diez años antes había llevado a Étienne Dolet a la hoguera; en cuanto dio con la pista del asunto se hizo cargo de la acusación con su celo habitual y Servet fue arrestado. Sobre todo tiene interés el juicio preliminar en Viena del Delfinado debido a los detalles autobiográficos que proporciona Servet. Las pruebas contra él eran tan aplastantes que fue enviado a prisión. Rodeado por sus amigos, a quienes tiene que haberles resultado espantoso y muy doloroso ver a su médico favorito en una situación tan grave, abundantemente provisto de dinero y, siendo la disciplina de la prisión muy relajada porque el carcelero era amigo suyo, no resulta sorprendente que escapase al día siguiente de su arresto, sin duda para alivio del arzobispo y de las autoridades. El inquisidor tuvo que contentarse con quemar una efigie del hereje junto con 500 copias de su trabajo.

Después del 7 de abril, Servet desaparece y, de todos los lugares del mundo, en el siguiente en el que le encontramos es en Ginebra. (Habiendo llegado allí en la maña-

²⁴ N. de los T. Un edicto de Francisco I de Francia nombró Inquisidor general de Francia al dominico y doctor en Teología, Mateo de Ory (1492-1557) u Orry ó d'Ory, aunque estas dos grafías son menos frecuentes.

na del 13 de agosto, fue reconocido esa misma tarde e, inmediatamente, arrestado.) Se ha hablado mucho acerca de por qué corrió ese riesgo, y probablemente la explicación de Guizot sea la correcta. Por esa época los liberales, o “libertinos”, así denominados por su enemistad hacia Calvino, confiaban absolutamente en su triunfo.

Uno de sus líderes, Ami Perrin, era primer síndico. Un hombre de su facción, Gueroult, quien había sido expulsado de Ginebra y había trabajado de corrector de imprenta en el momento en que se publicó *Christianismi Restitutio*, había regresado a Ginebra gracias a la influencia de sus protectores, los libertinos, por lo que de forma natural habría hecho de intermediario entre ellos y Servet. Considerando el caso desde una amplia perspectiva y sus antecedentes, estoy convencido de que Servet, derrotado en Viena del Delfinado, fue a Ginebra contando con el apoyo de los libertinos quienes, por su parte, esperaban obtener de él una ayuda eficaz frente a Calvino.

En lo tocante a los detalles doctrinales, este famoso proceso por herejía ha perdido la mayor parte de su interés. Desde la distancia, con nuestras ideas modernas, parece una barbaridad. Servet fue cruelmente tratado en prisión y existe una carta suya que habla de su pésimo estado, sin una vestimenta apropiada e infestado de parásitos. La señorita Clotilde Roch ha retratado bien esa etapa de la carrera del mártir en la bella estatua que se ha erigido en Annemasse [en 1908]. El informe completo del proceso puede examinarse en el relato de Willis y el *procès-verbal* se encuentra en un manuscrito en Ginebra.

Una cosa parece clara: mientras que al principio las acusaciones tenían que ver en su mayor parte con los puntos de vista heréticos de Servet, posteriormente el fiscal puso más peso en el aspecto político del caso, acusándole de conspiración con los libertinos. El proceso dividió a Ginebra en bandos hostiles y, en ocasiones, parecía que Calvino estaba siendo enjuiciado tanto como Servet. Con el fin de estrechar lazos, el partido clerical hizo un llamamiento a las iglesias suizas. La respuesta fue suficientemente clara en su condena de la herejía y la blasfemia, si bien se abstuvo de especificar el castigo.

Acostumbrado en Francia a escuchar que se tildase a los reformadores suizos como herejes de la peor clase, Servet no parece haber llegado a comprender por qué no había sido recibido con los brazos abiertos por parte de los protestantes, cuyo deseo era idéntico al suyo propio: el restablecimiento de la fe y el culto primitivos. Luchó valientemente y aportó importantes recriminaciones contra Calvino, a quien acusó específicamente de haber sido la causa de su arresto en Viena del Delfinado. Se ofreció a discutir públicamente las cuestiones que estaban siendo tratadas, oferta que Calvino hubiese aceptado si los síndicos lo hubieran permitido. Toda la ciudad estaba en estado de agitación y, domingo tras domingo, Calvino y los otros pastores vociferaban desde sus púlpitos contra las blasfemias del español. Tras agotar su paciencia a lo largo de casi dos meses, la gente comenzó a alinearse claramente con Calvino y el 26 de octubre el consejo decidió por mayoría que, teniendo en cuenta sus errores y blasfemias, el prisionero debía ser quemado vivo.

Servet parece haber constituido una curiosa mezcla de audacia e inocencia. El anuncio de su condena debió dejarle completamente anonadado, ya que probablemente nunca consideró esa posibilidad. Mandó llamar a Calvino y le pidió perdón, pero había amargura en el corazón del gran reformador, cuyo relato de la entrevista no es muy agradable de leer.

En la mañana del día 27, el tribunal se reunió frente a los soportales del ayuntamiento con el fin de leer al prisionero su condena formal que incluía diez apartados, los dos más importantes se relacionan con la doctrina de la Trinidad y del bautismo de los recién nacidos. Resulta curioso que bajo uno de los apartados se le acusase de ser un innovador arrogante, inventor de herejías contra el Papa. La súplica de Servet de una muerte más clemente fue en vano (hay que decir, en honor de Calvino, que éste también intercedió por ello). En seguida se formó la procesión hasta el lugar de la ejecución.

Puede decirse que nada en su vida le enalteció tanto como despedirse de ella. Tal y como [François] Guizot [1787-1874] comenta: "La dignidad del filósofo triunfó sobre la debilidad del hombre y Servet murió con heroísmo y serenidad en la misma hoguera cuya sola idea al principio le había llenado de terror". El próximo año²⁵ se le dedicará en Viena del Delfinado un monumento conmemorando los oficios de Servet como espíritu independiente en el campo de la teología y como pionero de la fisiología.

Se dice que Safo sobrevive porque cantamos sus canciones y Esquilo porque leemos sus comedias, pero resultaría difícil explicar el amplio interés de cualquier erudito por los escritos de Servet. Su patético destino, que escandalizó a Gibbon más profundamente que cualquiera de las hecatombes habidas en España y Portugal, lo explica en parte²⁶. Luego está el restringido círculo de aquellos que le consideran un mártir de la religión Unitaria; y los hombres de ciencia tienen un claro interés en él como uno de los primeros que hizo una importante aportación a nuestros conocimientos acerca de la circulación de la sangre. Sus puntos de vista fisiológicos y teológicos requieren que hagamos unos breves comentarios.

IV

Tras el propio estudio de la teología, el estudio de la medicina ha sido un gran alivio de herejías. Desde los días de Arnau de Vilanova y Pedro de Abano se había

²⁵ N. de los T. El monumento es obra del escultor Joseph Bernard (1908).

²⁶ N. de los T. Edward Gibbon (1737-1794), en su obra *The Decline and Fall of the Roman Empire* (1776-1788), vol. 10, cap. LIV, nota n.º 43, dice: "I am more deeply scandalised at the single execution of Servetus, than at the hecatombs which have blazed in the Auto da Fès of Spain and Portugal... The deed of cruelty was not varnished by the pretence of danger to the church or state. In his passage through Geneva, Servetus was an harmless stranger, who neither preached, nor printed, nor made proselytes" (consultado el 23-IV-2007). Los 12 volúmenes originales que componen este trabajo están disponibles en su totalidad en: <http://oll.libertyfund.org/Home3/Set.php?recordID=0214#vol1>. Ediciones Turner, S.L., tiene una edición de la obra traducida al español.

observado la presencia de herejes entre nuestras filas. [Jacques Bénigne] Bossuet [1627-1704] define al hereje como “alguien que tiene opiniones”. Servet parece haber sido acusado de estar tan cargado de opiniones como una jarra de Leyden²⁷; sus convencimientos más notables se referían a la Trinidad y al bautismo de los recién nacidos. Sacudida la Iglesia Católica casi hasta su destrucción en los siglos III y IV debido a la cuestión de la Trinidad, el arrianismo fue conquistado para siempre en el magnífico documento humano sobre el credo de San Atanasio²⁸, con el cual la Iglesia ha resuelto definitivamente la cuestión en un lenguaje que produce un escalofrío en el espinazo de los herejes. Pero siempre han existido almas problemáticas que no podían quedarse satisfechas y sacarían a colación puntos incómodos de la Biblia, hombres que no eran capaces de aceptar el acertado consejo de Dante: “Está loco el que espera que nuestra razón pueda examinar detenidamente la infinitud con la que una Sustancia contiene tres Personas. Raza humana, conténtate con el *quia*”²⁹.

La doctrina ha sido terreno abonado para la herejía, y el humo de aquellos que han perecido en la hoguera ha tenido un olor agradable, tanto para católicos como para protestantes. Incluso hoy en día está tan profundamente arraigada en el credo católico que casi cualquier singularidad doctrinal es perdonada, excepto renegar de la Trinidad, cuya negación coloca al hombre al margen de la cristiandad. Y si éste es el sentir hoy en día: ¡imaginemos cómo debe de haber sido a mediados del siglo XVI!

Servet escribió dos obras teológicas. Ya me he referido a *De Trinitatis erroribus*, publicada en 1531 y seguida de un suplemento en 1532. Mientras vivía una doble vida en Viena del Delfinado, para los habitantes de la ciudad era un médico metucioso y atento al que habían llegado a querer mucho; pero durante todo ese tiempo, alimentando el sueño de su juventud, estuvo preparando un trabajo con el que creía que lograría ganar el mundo para Cristo, al librar a la Iglesia de graves errores doctrinales.

Anteriormente he mencionado la publicación de la *Christianismi Restitutio*. Por tratarse de una obra que se ocupa fundamentalmente de cuestiones muy abstrusas en

²⁷ N. de los T. La jarra de Leyden, inventada en la Universidad de esa ciudad, fue el primer acumulador eléctrico. Y consistía en una jarra de vidrio recubierta de metal.

²⁸ N. de los T. Así llamado por ser San Anastasio quien lo recoge. Dice así: “La fe católica es que veneremos a un solo Dios en la Trinidad, y a la Trinidad en la unidad; sin confundir las personas ni separar las sustancias”.

²⁹ N. de los T. Para *El purgatorio* (canto III, 34-39) de *La divina comedia*, Dante compuso los siguientes versos: “Loco es quien piense que nuestra razón // pueda seguir por la infinita senda // que sigue una sustancia en tres personas. // Os baste con el *quia*, humana prole; // pues, si hubierais podido verlo todo, // ocioso fuese el parto de María” (Tomado de: Alighieri D. *La divina comedia* (trad. de Luis Martínez de Merlo), Madrid: Ed. Cátedra, S.A., 1988, p. 304.). La enseñanza que aquí se recoge es que la razón no puede llegar al porqué de los designios de un Dios uno que, a la vez, es trino, y tiene que conformarse con el “*quia*” (el qué); estamos ante asuntos insondables para el conocimiento humano y, por ende, su aceptación sólo es posible si existe el concurso de la fe.

relación a la Trinidad y al bautismo de los recién nacidos, es la más difícil de leer y, tal como reconocen los teólogos, todavía más difícil de entender. El profesor Emerton, en un artículo que ya he citado, logra extraer en unos pocos párrafos lo esencial de sus puntos de vista:

“Él [Servet] considera que el hecho central de la teoría cristiana no radica en la doctrina de la Trinidad tal como era defendido por las escuelas, sino en el hecho de la encarnación divina en la persona de Jesús. Admite su nacimiento como Dios y lo explica en consonancia con la ley general de la manifestación divina dondequiera que lo espiritual se revele en lo material, pero no hubiera aceptado la idea de la existencia eterna del Hijo, excepto en el sentido de que la palabra divina, el *Logos*, siempre hubiera estado vigente como forma de expresión externa de la acción divina. De este modo, a su debido tiempo, este mismo *Logos* dio lugar a un ser a partir de una madre humana, en el que fue insuflado el espíritu divino al nacer. Obviamente, éste no es el ‘Hijo eterno’ de los credos, y ahí es donde radica la falta teológica de Servet. Su crítica a la organización eclesiástica, al poder del Papa y a los sacramentos no difiere grandemente de la crítica de los reformadores más radicales; en las cuestiones fundamentales relativas al bautismo y a la eucaristía sí va bastante más allá de las iglesias reformadoras establecidas. En ambos casos alude al principio de la mera razón. Rechaza el bautismo de los recién nacidos basándose en que éstos no pueden tener fe y afirma que, por tanto, esa práctica no es más que una fórmula. Niega la transustanciación fundamentándose en que la sustancia y los accidentes no pueden separarse, y no disculpa a los líderes de la reforma por mantener en relación a este punto lo que a él le parecía una actitud tibia. Su lenguaje es duro y violento a lo largo de toda su obra excepto al fin de los capítulos, donde pasa a los rezos, clausurando sus diatribas con oraciones de gran belleza y espiritualidad”.

La iglesia cristiana descubrió pronto que únicamente había una forma segura de hacer frente a la herejía. Desde finales del siglo IV, cuando dicha forma comenzó a llevarse a la práctica, hasta llegar a su clímax en la festividad de San Bartolomé³⁰, era universalmente admitido que tan solo los herejes muertos dejaban de causar problemas. La historia proporciona amplios indicios de la eficacia de las medidas represoras, que con frecuencia eran llevadas a cabo a gran escala. Francia es católica debido a la política de acabar con la raíz y con las ramas, y el protestantismo inglés es un

³⁰ *N. de los T.* El autor se está refiriendo a lo que tristemente se conoce como la Matanza o Masacre de San Bartolomé (*Massacre de la Saint-Barthélemy*) y que tuvo lugar un 24 de agosto de 1572 en París durante las Guerras de religión, cuando los calvinistas franceses (los hugonotes) fueron ajusticiados en masa.

testimonio perdurable de la meticulosidad con la que Enrique VIII implantó sus medidas. Tal y como afirma De Foe [Daniel Defoe] en su famoso panfleto *Shortest way with dissenters* (“El medio más eficaz contra los disidentes”), si un hombre es obstinado y se empeña en mantener su propia opinión, contraria a la de la mayor parte de sus congéneres, y si la opinión es perniciosa y pone en peligro su salvación eterna, resulta más seguro hacerle arder en la hoguera que permitir que sus doctrinas se difundan. Durante 1200 años esta política mantuvo la herejía dentro de estrechos límites hasta la gran irrupción de la misma. Los hombres más notables de la época aceptaban la muerte de los herejes. El espíritu del protestantismo estaba contra ello; asimismo, noblemente, lo estaba Lutero. Juzgado en su época, Servet era un hereje y, como tal, merecía morir atado a una estaca. Apenas podemos otorgarle la denominación de mártir de la Iglesia: ¿qué iglesia lo hubiera admitido? Por lo mismo, honramos su memoria como mártir de la verdad, tal y como él la veía.

Servet estudió medicina en París con Silvio y von Andernach, dos de los más entusiastas renovadores de la anatomía galénica. Y, lo que es aún más importante, fue compañero de estudios y de disección de Vesalio. Escribió un pequeño libro de medicina que no tenía ningún mérito especial. Las obras que editó, que le supusieron más dinero que fama, son indicativas de un espíritu independiente y crítico. Viena del Delfinado era una pequeña ciudad en la que no podemos creer que hubiera estímulos científicos, si bien se encontraba en una región conocida por su actividad intelectual.

Siendo conocedor de un dato fisiológico de importancia capital, lo describe con claridad y exactitud extraordinarias. Pero tiene su hallazgo en tan poca estima, o le parece que reviste tan poca importancia en comparación con la enorme tarea que tiene entre manos de restablecer el cristianismo, que únicamente lo utilizó como ilustración al tratar la naturaleza del Espíritu Santo en su obra *Christianismi Restitutio*. El descubrimiento era nada menos que el del paso de la sangre del lado derecho al lado izquierdo del corazón a través de los pulmones, lo que se conoce como circulación pulmonar o circulación menor.

En el año 1553 los puntos de vista de Galeno prevalecían en todas partes. En verdad, el gran maestro revolucionó el conocimiento de la circulación casi tanto como lo hizo Harvey en el siglo XVII. Para decirlo brevemente, había dos tipos de sangre, la natural y la vital, que circulaban en dos sistemas prácticamente cerrados, las venas y las arterias. El hígado era el órgano central del sistema venoso, la “tienda” como lo denomina Burton, en la que el quilo se convertía en sangre y se distribuía por las venas de todo el organismo como sustento. Las venas eran vasos que actuaban más bien como contenedores de la sangre que como tubos para su traslado; Galeno los denominaba canales de irrigación. Este autor conocía la estructura del corazón, la ubicación de sus válvulas y la dirección en la que circulaba la sangre. No obstante, la función principal de éste no era mecánica, como suponemos, sino que en el ventrículo izquierdo, asiento de la vida, se originaban los espíritus vitales, siendo una mezcla del aire inspirado y de la sangre. Gracias a un movimiento alterno de dilata-

ción y colapso de las arterias, la sangre, junto con los espíritus vitales, se encontraba en constante movimiento³¹. Galeno había demostrado que las arterias y las venas se comunicaban entre sí en la periferia. Él creía que una pequeña cantidad de sangre iba del lado derecho del corazón a los pulmones para nutrirlos y que de este modo pasaba al lado izquierdo del corazón, aunque la comunicación principal entre los dos sistemas se hacía a través de poros en el septo ventricular, la gruesa pared muscular que separaba las dos principales cámaras del corazón.

Una búsqueda en la literatura de un punto de vista distinto al galénico no proporcionará ningún resultado hasta 1553³². Incluso Vesalio, que no podía entender cómo podía pasar la más mínima cantidad de sangre a través del septo que dividía los ventrículos debido a la estructura del mismo, no ofreció ninguna otra explicación. Cuanto más se sabe de la fisiología galénica, menos se sorprende uno de que cautivara de este modo las mentes de los hombres. La nueva descripción de Servet de la circulación se encuentra en el quinto libro de la *Christianismi Restitutio*, donde discute la naturaleza del Espíritu Santo. Tras hacer mención del triple espíritu del organismo humano: natural, vital y animal, trata el espíritu vital y describe la circulación pulmonar en unos pocos párrafos:

“Para entender todo esto hay que entender primero cómo se produce la generación sustancial del propio espíritu vital, el cual está constituido y alimentado por el aire inspirado aspirado y por una sangre muy sutil. El espíritu vital tiene su origen en el ventrículo izquierdo del corazón, y a su producción contribuyen principalmente los pulmones. Es un espíritu tenue, elaborado por la fuerza del calor, de un color rojizo, de tan fogosa potencia que es como una especie de vapor claro de la más pura sangre, que contiene en su sustancia agua, aire y fuego. Se produce en los pulmones al combinarse el aire inspirado con la sangre sutil elaborada que el ventrículo derecho del corazón transmite al izquierdo. Pero este transvase no se realiza a través del tabique medio del corazón, como corrientemente se cree, sino que, por un procedimiento muy ingenioso, la sangre sutil es impulsada desde el ventrículo derecho del corazón por un largo circuito a través de los pulmones. En los pul-

³¹ La fisiología galénica estaba tan consolidada que, al principio, los nuevos puntos de vista de Harvey se desarrollaron muy poco. En la obra de [Robert] Burton (1577-1640) *Anatomy of Melancholy* (“Anatomía de la Melancolía”, 1624), que epitoma el conocimiento médico del siglo XVII, se proporciona la descripción siguiente: “El riachuelo izquierdo (es decir, el ventrículo) tiene forma de cono y es asiento de la vida, que, como una antorcha de aceite, conduce la sangre a su interior, dotándola de espíritus y fuego, y como el fuego en una antorcha son los espíritus en la sangre y, gracias a la gran arteria denominada aorta, envía espíritus vitales por todo el cuerpo y toma aire de los pulmones”.

³² En 1924 se descubrió que Ibn an-Nafis [¿1210?-1288], un médico de Damasco, había descrito la circulación menor 300 años antes que Servet (W. W. F.).

mones es elaborada y se torna rojiza, y es transvasada desde la arteria pulmonar a las venas pulmonares. Luego, en la misma vena pulmonar se mezcla con el aire aspirado, [y] por espiración se vuelve a purificar del hollín, y así, finalmente, la mezcla total, material apto para convertirse en espíritu vital, es atraída por la diástole desde el ventrículo izquierdo del corazón.

Ahora bien, que se realice [de este modo] a través de los pulmones esa comunicación y elaboración, lo demuestra la variada conexión y comunicación de la arteria pulmonar con la vena pulmonar en los pulmones, y lo confirma el notable tamaño de la arteria pulmonar, ya que ella no hubiera sido hecha tan grande, ni enviaría tal cantidad de la sangre más pura desde el corazón a los pulmones, ni tampoco el corazón suministraría sangre a los pulmones, simplemente para alimentarlos, ni de esta suerte podría ser útil el corazón a los pulmones. Sobre todo, si se tiene en cuenta que, anteriormente, en el embrión los pulmones se nutrían de otra fuente, a causa de que esas membranillas o válvulas del corazón no se abren hasta el momento del nacimiento, como enseña Galeno. Es, pues, evidente que tiene otra función el que la sangre se vierta tan copiosamente del corazón a los pulmones, precisamente en el momento de nacer.

Lo mismo prueba el hecho de que los pulmones no envían al corazón, a través de las venas pulmonares, aire solo, sino aire mezclado con sangre. Luego tal mezcla tiene lugar en los pulmones: los pulmones dan a la sangre espirituosa ese color rojizo, no el corazón [el cual más bien se lo daría negro]. En el ventrículo izquierdo del corazón no hay suficiente espacio para tan gran y copiosa mezcla, ni actividad capaz de darle ese color rojizo. Por último, dicho tabique intermedio, al carecer de vasos y mecanismos, no resulta idóneo para semejante comunicación y elaboración, por más que pueda resudar algo. Por el mismo procedimiento por el que se realiza en el hígado una transfusión sanguínea de la vena porta a la cava, se realiza también en los pulmones una transfusión de espíritu de la arteria pulmonar a la vena pulmonar³³.

Aquí los elementos importantes son: en primer lugar, la clara exposición sobre la función de la arteria pulmonar; en segundo lugar, el paso de la sangre venosa impura a través de los pulmones del lado derecho al izquierdo del corazón; en tercer lugar, el reconocimiento de que acontece una elaboración o transformación en los pulmones

³³ *N. de los T.* Por razón del rigor exigible a cualquier traducción, a los efectos oportunos, se hace notar que la traducción al español de este texto de Servet en el que describe la circulación menor no es una traducción fiel del utilizado por Osler y cuyo autor es Robert Willis, pues se ha transcrito directamente de: Servet M. Restitución del cristianismo (trad. de Alcalá A. y Betés L.). Madrid: Fundación universitaria española, 1980, pp. 333-335 (en la edición original impresa en Viena del Delfinado, 1553, pp. 170-171).

Christianismi restitutio, 1553

(Libro V, pp. 170-171)

"[p. 170] Vitalis spiritus in sinistro cordis ventriculo suam originem habet, iuuantibus maxime pulmonibus ad ipsius generationem. Est spiritus tenuis, caloris vi elaboratus, flauo colore, ignea potentia, vt sit quasi ex puriori sanguine lucidus vapor, substantiam in se continens aquae, aëris, et ignis. Generatur est facta in pulmonibus mixtione inspirati aëris cum eleborato subtili sanguine, quem dexter ventriculus cordis sinistro communicat. Fit autem communicatio haec non per parietem cordis medium vt vulgo creditur, sed magno artificio a dextro cordis ventriculo, longo per pulmones ductu, agitur sanguis subtilis: a pulmonibus praeparatur, flauus efficitur: et a vena arteriosa, in arterian venosam transfunditur. Deinde in ipsa arteria venosa inspirato aëri miscetur, expiratione a filigine repurgatur. Atque ita tandem a sinistro cordis ventriculo totum mixtum per diastolem attrahitur, apta supellex, vt fiat spiritus vitalis. Quod ita per pulmones fiat comunicatio, et praeparatio, docet coniunctio varia, et comunicatio venae arteriosae cum arteria venosa in pulmonibus. Confirmat hoc magnitudo insignis venae arteriosa, quae nec talis, nec tanta facta esset, nec tantam a corde ipso vim purissimi sanguinis in pulmones emitteret, ob solum eorum nutrimentum nec cor pulmonibus hac ratione seruiret: cum praesertim antea in embryone solerent pulmones ipsi aliunde nutriri, ob membranulas illas, seu valvulas [p. 171] las cordis usque ad horam natiuitatis nondum apertas, vt docet Galenus. Ergo ad alium vsum effunditur sanguis a corde in pulmones hora ipsa natiuitatis, et tam copiosus. Item a pulmonibus ad cor non simplex aër, sed mixtus sanguine mittitur, per arteriam venosam: ergo in pulmonibus fit mixtio. Flauus ille color a pulmonibus datur sanguini spirituoso, non a corde. In sinistro cordis ventriculo non est locus capax tantae, et tam copiosae mixtionis, nec ad flavum elaboratio illa sufficiens. Demum paires ille medius, cum sit vasorum et facultatum expers, non est aptus ad communicationem et elaborationem illam, licet aliquid residare possit. Eodem artificio, quo in hepate fit transfusio a vena porta ad venam cavam propter sanguinem fit etiam in pulmone transfusio a vena arteriosa ad arteriam venosam propter spiritum. Si quis haec conferat cum iis, quae scribit Galenus lib. 6 et 7 de usu partium veritatem penitus intelligent, ab ipso Galeno non animaduersam. Ille itaque spiritus vitales, a sinistro cordis ventriculo, in arterias totius corporis deinde transfunditur...".

Figura 3. Texto latino de Miguel Servet en el que se describe la circulación menor de la sangre. Tomado de: Barón Fernández J. Miguel Servet. Su vida y su obra. Prólogo de Pedro Laín Entralgo. Madrid: Espase-Calpe, S.A., 1970, pp. 316-317.

de modo que, al tiempo que la sangre se ve libre de “vapores denegridos” la sangre arterial se torna en color carmesí y, en cuarto lugar, la negación sin rodeos de la existencia de una comunicación entre los dos tipos de sangre mediante orificios en el septo interventricular.

Servet no sabía que existiera una circulación general o sistémica y, en lo que concierne al corazón izquierdo y a las arterias, creía que eran el asiento de la sangre y los espíritus vitales.

No resulta difícil imaginar de qué modo se emancipó Servet de los antiguos puntos de vista. Siendo estudiante en París en el momento más oportuno, cuando la disección se había hecho popular, tuvo oportunidades excepcionales como disector de Günter. Pero, aún más importante, tuvo como compañero al heresiarca anatomista Andrés Vesalio, quien ya estaba imbuido por la convicción de que sus profesores estaban equivocados al considerar a Galeno inspirado e infalible. Es en este período cuando Vesalio había señalado a su maestro Silvio el error de Galeno acerca de las válvulas aórticas y, si se piensa en la extraordinaria rapidez con que Vesalio reformó la anatomía humana, antes de cumplir los 28 años, no resulta sorprendente que su colega y colaborador hubiera descubierto una de las grandes verdades de la fisiología³⁴.

La *Cristianismi Restitutio* nunca se publicó y el descubrimiento de Servet no fue reconocido hasta que atrajo la atención de Wotton³⁵ gracias a Charles Bernard³⁶, un cirujano del hospital de St. Bartolomew [Londres]. Entretanto, dicho hallazgo había sido redescubierto y, entre las muchas extravagancias con que está jalonada la historia de la circulación, el intento de quitarle su autoría a Servet no es la más rara. En 1559 se publicó una obra de Realdo Colombo³⁷, discípulo de Vesalio y su sucesor en Padua, en el se describe claramente la circulación de la sangre del lado derecho al

³⁴ *N. de los T.* Por lo que se sabe, al menos, las relaciones de Vesalio con el viejo Silvio (y otros tantos popes de la medicina de entonces) se vieron francamente deterioradas luego de publicar en 1543 la *Fabrica*. Con esta obra desbarató muchas de las “verdades” anatómicas (galénicas) que habían perdurado hasta el Renacimiento. Entre otras lindezas, Silvio, haciendo un juego de palabras, llamó a su distinguido discípulo “vesano”. Conviene recordar que Silvio daba por sentado que si los hallazgos morfológicos puestos de manifiesto en una disección no coincidían con los descritos en los textos galénicos, esto se debía al hecho de que el cuerpo humano había degenerado a lo largo de los siglos con relación a la forma “ideal” vista por Galeno (véase: Puerta JL. Andrés Vesalio: la reconciliación de la mano con el cerebro. *Ars Medica. Revista de Humanidades*. 2004;1(1):74-95; disponible en: www.fundacionpfizer.org).

³⁵ William Wotton, *Reflections upon ancient and modern learning (Reflexiones sobre el aprendizaje antiguo y moderno)*, 1697, p. 229.

³⁶ *N. de los T.* El lector interesado en conocer mejor esta historia puede leer: Sill GM. The Authorship of An Impartial History of Michael Servetus (1724). *The Papers of the Bibliographical Society of America*, September 1993, Vol. LXXXVII, pp. 303-318 (disponible en: www.servetus.org/newsletter/newsletter2).

³⁷ *De re anatomica*, Venecia, 1559.

lado izquierdo del corazón. No es posible afirmar que Colombo hubiese añadido algo a la descripción que se acaba de dar, aunque se ha mantenido el punto de vista inverosímil de que los estudiantes italianos de París habían familiarizado a Servet con el punto de vista de Colombo. También se afirma que éste tuvo una idea más adecuada de la función de la respiración en la purificación de la sangre mediante su mezcla con el aire, si bien Servet dejó claro que la mezcla tiene lugar en los pulmones y no en el propio corazón, tal y como era la creencia habitual en la época.

[Andrés] Cesalpino (1569), a quien se le atribuyen hechos bastante rebuscados, también conocía la circulación pulmonar, pero pensó que parte de la sangre pasaba a través del septo en la parte media del corazón. Más importante es que se le atribuya el descubrimiento de la circulación general, pero resulta raro que ningún conocedor de la historia de este tema pudiera leer en sus trabajos fisiológicos otra cosa que los antiguos puntos de vista de Galeno.

La historia de la circulación está erizada de controversias y existen opiniones ampliamente divergentes en relación a los méritos de distintos estudiosos. El hecho de que Servet fuese el primero en dar un paso más allá de donde había llegado Galeno, y que Colombo y Cisalpino llegaran independientemente a la misma conclusión, al admitir los tres la existencia de la circulación menor, es casi tan cierto como que ello permitió a Harvey iniciar un capítulo completamente nuevo de la fisiología, e introducir modernos métodos experimentales gracias a los cuales quedó claramente demostrada por primera vez la circulación general de la sangre³⁸.

Unas palabras acerca del libro *Christianismi Restitutio*³⁹, *liber inter rariores longe rarissimus*. Tan sólo se conocen dos copias completas, una en la Biblioteca Nacional de París y otra en la Biblioteca Imperial de Viena, de la cual me permitieron amablemente disponer de fotografías de la portada y de reproducciones de las páginas que describen la circulación de la sangre. Una tercera copia, imperfecta, que contiene las primeras dieciséis páginas del manuscrito, se encuentra en la biblioteca de la Universidad de Edimburgo. La copia parisiense reviste un especial interés porque pertenecía al doctor Richard Mead [1673-1754], distinguido médico y coleccionista de libros, quien se la cambió a *Monsieur* de Boze por una serie de medallas. En 1784 la consiguió la *Royal Library* y actualmente puede contemplarse en un expositor de la

³⁸ La *History of Circulation* (Historia de la circulación) de John Dalton, publicada en 1884, proporciona la que es con mucho la mayor y más completa explicación del tema en inglés.

³⁹ N. de los T. El título completo de la obra es: *Christianismi Restitutio, Totius Ecclesiae Apostolicae est ad sua limina vocatio, in integrum restituto cognitione Dei, Fidei Christi, iustificationis nostrae, regenerationis baptismi, et coenae domini manducationis. Restitutio denique nobis regno caelesti, Babylonis impiae captivitate soluta, et Antichristo cum suis penitus destructo*; cuya traducción al español sería: "Restitución del cristianismo. Convocatoria a toda la Iglesia apostólica a volver a sus orígenes, a restituir íntegro el conocimiento de Dios, de la fe en Cristo, de nuestra justificación, de la regeneración bautismal, de la cena del Señor; a restituirmos, por fin, el reino celestial, a disolver la cautividad de la impía Babilonia, a destruir del todo al Anticristo y a sus secuaces".

Biblioteca Nacional, constituyendo uno de sus raros tesoros. De interés añadido es el hecho de que en la portada aparezca el nombre de “Germain Colladon”, el abogado de Ginebra que llevó a Servet a los tribunales, y es más que probable que esa fuera la copia utilizada en el proceso. El libro presenta una mancha; algunos creen que de humedad y otros piensan que ésta fue la copia sujeta al reo, rescatada de las llamas por alguien que deseaba preservar tan importante documento del excepcional hereje. Esta cuestión ha sido estudiada en profundidad por el difunto profesor Laboulbène y por *Monsieur* Hahn, los cuales se pronuncian ambos a favor de que fue el fuego, y no la humedad, la causa de la mancha.

En 1790 la copia de Viena del Delfinado fue reproducida página a página en Nuremberg por Christoph Gottlieb von Murr [1733-1811], quien, como responsable de la reimpresión, puso prudentemente la fecha de 1790 al final de la última página; no es raro encontrar copias de esta edición en bibliotecas importantes. En 1723, Mead trató de conseguir una reimpresión a partir de esa copia pero, cuando estaba casi terminada, el obispo de Londres paralizó el proceso y (se afirma que) las copias fueron quemadas. No obstante, algunas copias se libraron y Willis asegura que vio una en la biblioteca de la *London Medical Society*; siento decir que el bibliotecario me ha informado de que ya no se encuentra allí. Una copia de la reimpresión parcial de Mead se encuentra en la Biblioteca Nacional de Francia y otras dos están en el *British Museum*.

Una última reflexión acerca de la actitud de Calvino hacia Servet. Se ha menospreciado mucho al gran reformador y no se puede sentir otra cosa que pesar por el hecho de que un hombre que había logrado cosas tan importantes se viera arrastrado a una miserable caza de herejes como un vulgar inquisidor. Pero no vamos a evaluarlo con parámetros de este siglo, sino sencillamente por su vida y como hombre de pasiones semejantes a las nuestras. Estaba muy irritado. Habiéndose sentido agraviado por los persistentes ataques de Servet durante años, e indignado por sus blasfemias hasta el punto de dejar de sentir compasión, no es de extrañar que su caridad cristiana fuera vencida por el viejo Adán⁴⁰. No es posible exculpar a Calvino de su participación en este desafortunado incidente, ya que se vio poseído por un odio personal y una sed de venganza poco apropiada —incluso podría decirse que extraña— en un carácter tan extraordinario. Pero el prolongado historial de una vida de autonegación, dedicada a lo mejor y lo más elevado en una generación maldita, libraría a cualquier hombre razonable de esta mancha. Si vamos a juzgarle, hagámoslo como hombre, no como semidiós. Ya que no podemos defenderle, no le condenemos; eximámosle de esta grave falta, aún cuando podamos albergar la sospecha de que nunca se arrepintió de

⁴⁰ *N. de los T.* En Corintios I (15,45) puede leerse: “El primer hombre, Adán, fue creado como un ser viviente; el último Adán, en cambio, es un ser espiritual que da la Vida”; y en Efesios (4,22-24): “De Él aprendieron que es preciso renunciar a la vida que llevaban, despojándose del hombre viejo... y revestirse del hombre nuevo, creado a imagen de Dios en la justicia y en la verdadera santidad”.

ella y sea la sombra que pone de relieve el magnífico contorno de su noble vida. En su "Defensa"⁴¹, la edición original que tengo aquí y que se ocupa fundamentalmente de cuestiones doctrinales, no solo no se hallan muestras de arrepentimiento por su papel en la tragedia, sino que el libro está plagado de insultos para con su enemigo muerto, redactados en un lenguaje muy vindicativo. En el lugar donde Servet ardió en la hoguera se alza hoy en día un monumento expiatorio que expresa el espíritu del protestantismo moderno. En una cara se encuentra su fecha de nacimiento y la de su muerte, y en la otra una inscripción que puede traducirse así: "Aún siendo respetuosos y agradecidos seguidores de Calvino, nuestro gran reformador, condenamos un error propio de su época y, como firmes defensores de la libertad de conciencia, de acuerdo con los verdaderos principios de la Reforma y del Evangelio, hemos erigido este monumento expiatorio el 27 de octubre de 1903".

La construcción del monumento conmemorativo del cuarto centenario en Viena del Delfinado el próximo año⁴² completará el reconocimiento de los méritos de una de las figuras más extrañas de todas las que representan el siglo XVI. El estudiante español errante, el proceloso discutiendo, el disector anatomista, el soñador místico del restablecimiento del cristianismo, el descubridor de uno de los hechos fundamentales de la fisiología, finalmente logra aquello de lo que es merecedor. Sé que hay quien piensa que quizás se haya hecho más que justicia, pero en una época trágica Servet jugó un papel excepcionalmente trágico y el patetismo de su destino aparece con toda su fuerza.

También éstos son días de compensación, del restablecimiento de todas las cosas, los días de la apertura del séptimo sello, cuando las almas bajo el altar vean vengada su sangre, cuando cubramos con los blancos ropajes de la caridad a los caídos por causa de su testimonio, sin importar si el mártir era católico o protestante, tratándose únicamente de rendir honor a uno de la gran compañía que nadie puede enumerar, "cuyos sufrimientos heroicos", como afirma [Thomas] Carlyle, "se elevan juntos

⁴¹ *Defensio Orthodoxae Fidei...*, 1554. [N. de los T. *Defensio orthodoxae fidei de sacra Trinitate contra prodigiosos errores Michaelis Serveti*. En este escrito exculpatario redactado en francés y, luego, en latín, Calvino defiende sin rodeos su postura, ya que —en su opinión— al hereje debe imponérsele la pena capital; ello lo justifica echando mano de diferentes textos de las Escrituras y de otras autoridades. En ese texto no faltan ni las injurias y ni los insultos (*chien, méchant*, etc.) contra Servet (Menéndez Pelayo, *Op. c.*, p. 1288). En todos los momentos de la historia, más allá de la cultura, los hábitos y las pragmáticas en boga, siempre han existido voces clamando tolerancia y contrarias al sacrificio de los disidentes. En el asunto que estamos tratando ésta fue, por ejemplo, la postura del también protestante francés Sebastián Castalión (1515-1563), contrario a lo sucedido en Ginebra con Servet y así lo dejó plasmado en su obra *De haereticis an sint persequendi*: "Matar a un hombre por sus ideas no es defender una doctrina; es matar a un hombre", la cita se ha tomado de: Alcalá A. Introducción, en: Servet M [Michael Servetus Villanovanus]. Restitución del cristianismo (trad. de Alcalá A. y Betés L.). Madrid: Fundación universitaria española, 1980, p. 31.]

⁴² N. de los T. Véase la nota n.º 25.

armoniosamente hasta el cielo desde toda la tierra y de todos los tiempos, como un Miserere sagrado, y sus hechos heroicos son también como un Salmo del Triunfo infinitamente eterno”.

Notas del autor.— Toda la bibliografía de Servet se encuentra en la obra del profesor A. van der Linde, *Michael Servetus*, Groninga (1891). Mi interés personal en este tema comenzó hace muchos años cuando los primorosos esbozos del pastor Tollin animaron los números de los *Virchow Archives*. Nadie ha disfrutado jamás de un biógrafo más entusiasta, y debemos la mayor parte de nuestros modernos conocimientos de Servet a los escritos del clérigo de Magdeburgo. El mejor relato en inglés es el de Willis, *Servetus and Calvin* (Servet y Calvino), 1877. En 1895 se publicó una traducción alemana de la *Cristianismi Restitutio* (2.ª edición, Wiesbaden, Chr. Limbarth). Estoy en deuda con el profesor Harper (Princeton) por haberme facilitado el drama histórico *The Reformer of Geneva* (*El reformador de Ginebra*), escrito por el profesor Shields (de impresión privada, Princeton University Press, 1897), que proporciona un admirable retrato de Ginebra en la época del proceso. De la *Histoire d'un livre* (*Historia de un libro*) de Chéreau, publicada en 1879, he “plagiado” la idea de la introducción. El nombre de Mosheim ha de ser mencionado porque sus escritos fueron durante años la fuente común de la que procedía todo conocimiento acerca de Servet.